

*“En el cajón de
su memoria”*



Un nuevo día amanecía filtrando el sol por la ranura de la puerta. Mari aún dormía tranquila. Había sido una noche difícil, como otras tantas. Aún se le escapaba el por qué la noche se volvía sombra en la cabeza de Mari, el por qué la noche aumentaba la oscuridad de sus recuerdos, de sus miedos, acompañada por presencias que sólo ella podía ver. La miró con infinita ternura y sonriendo se preguntó si hoy tendría un buen día.

Se levantó despacio, cansado, pensando “espero que hoy pueda darme una ducha tranquilo antes de que despierte”. Cuando terminó preparó cuidadosamente la ropa para ella y, al escucharla moverse intranquila en la cama, se dirigió al dormitorio para que lo primero que viera al despertarse, como cada mañana, fuera su cara. Cuando Mari abrió los ojos le miró con extrañeza pero al sentir el beso de Jose recordó aquella mirada, aquel olor, aquella voz.

– Buenos días rubia. - Y Mari sonrió, tranquila, segura.

Con cuidado la ayudó a levantarse y se dirigieron al baño. Como un niño pequeño Mari simplemente se dejó hacer, protestando a la hora de lavarse o peinarse. E incluso a la hora de vestirse. Siempre elegía la misma ropa y Jose se ocupaba de preparar la ropa del día siguiente cuando ella dormía. Cada día una nueva batalla en aquellos gestos tan simples que para Jose se convertían en todo un desafío cotidiano.

Mientras la aseaba con cuidado Jose le iba contando episodios de su vida en común que ahora a ella le resultaban desconocidos. Ella asentía con la cabeza y, en algunos momentos, le miraba con extrañeza. Apenas recordaba algunos de ellos y la dificultad para expresarse en ocasiones se tornaba enfado al no poder expresar su opinión por alguno de aquellos relatos que sentía completamente ajenos a ella. Cuando terminó la dio un beso:

– Te quiero rubia. - Ella le abrazó:

– Y yo, mucho.

Mientras Jose preparaba el desayuno, Mari se dirigió al salón y, mirando algunas de las fotografías que descansaban sobre el aparador, comenzó a

guardar algunas de ellas en los cajones. Era algo habitual, una pauta que repetía cada día. Jose ya no pedía explicaciones. ¿Para qué quiero fotos de este señor y de estas señoras si yo no las conozco de nada? Mari escondía en aquellos cajones las fotografías de sus hijos, ya adultos, como los recuerdos de sus imágenes se escondían en alguna recóndita parte de su memoria. Luego, con infinita paciencia, Jose volvía a sacar aquellas fotografías colocándolas de nuevo en su sitio. “El bichito que le come los recuerdos” pensaba sonriendo en sus nietos pequeños.

Y Jose sólo podía mirarla con una tristeza infinita pensando que, en alguna parte, la mujer que amaba, que tanto había amado, seguía ahí dentro. Sólo pedía poder vivir el tiempo suficiente para estar a su lado, cuidarla, protegerla, sabiendo lo difícil que iba a ser para él cuando llegara el momento en que no le reconociera, cuando llegara el día en el que la viera guardar su fotografía en el cajón de su memoria.